

# Nacimiento

Un cuento de Alejandro Brossard

Dejo estas líneas y toda la documentación que reuní a través de los años para aquel ser humano que lo encuentre.

Solo espero que sepa encontrar el camino que le permita llegar al final de lo que considero es nuestra meta.

Desde chico me apasionaba la investigación de todo lo extraño que aconteció en la historia de nuestro planeta.

En la edad antigua y en la edad media se dio un gran caudal de hechos sin explicación. Los estudiosos se limitaron a enumerar acontecimientos, pero no ir más allá.

No podían, o no querían, encontrarse con pruebas o con fuerzas que sus mentes obtusas no pudieran manejar.

Por eso me gustaba recorrer bibliotecas, y si estas poseían libros muy antiguos, mejor. Si alguien abre su mente a nuevas posibilidades, es factible encontrarse con los descubrimientos importantes realizados por los grandes pensadores de aquellas épocas. Gente que deseaba elevar su cuerpo y espíritu hasta confines fuera de lo material a lo que estamos atados.

Por eso me dediqué a indagar las leyendas griegas, celtas, persas, chinas, templarias, góticas, etruscas, y de todas aquellas antiguas civilizaciones o movimientos que en sus escritos dejaban traslucir su cercanía con algo más cósmico, más universal, más espiritual, más gnóstico, que el simple hecho de que somos materia y nada más que eso.

Y esto no es ir en contra de Dios. Al que acepto como fuerza universal creadora de todo.

Él nos dio la posibilidad de ser inteligentes, el deseo de aprender, investigar, elevarnos más allá de este estado en que vivimos. Al que podría llamarlo nuestra infancia.

Él permitió que se creara este maravilloso universo que apenas hemos empezado a comprender.

Él permitió que naciéramos de la energía y polvo cósmico, y nos dio la inteligencia para poder volver a nuestros orígenes. Solo debemos encontrar el camino.

Fue así que, además de leer y tratar de comprender aquellos escritos aceptados por la historia oficial, me dediqué a bucear en aquellos que eran tomados como desvaríos de mentes enfermas.

Tal vez algunos lo fueran, pero no todos. Eso es una de las posibilidades que nos brinda tener una inteligencia sin ataduras. Poder discernir entre lo enfermo y lo real.

Dediqué diez años de mi vida a reunir información, catalogarla, estudiarla, comprenderla, combinarla. Y lentamente fui adquiriendo el conocimiento de como aumentar el empleo de nuestra mente. Dejar atrás esa barrera de solo utilizar el diez por ciento de nuestro cerebro.

A partir de investigaciones griegas y persas realizadas en el Medio Oriente y de escritos hindúes, que se encontraban perdidos, ¿Perdidos...?

En lugares accesibles, pude realizar uno de los más viejos anhelos de aquellos seres humanos que deseamos ir hacia adelante.

Fue mi primer gran descubrimiento y mi primer gran paso.

Me sentaba en mi lugar preferido de mi casa, me concentraba, tenía fe en ello, y me trasladaba a lugares a donde deseaba ir.

Pero no solo con mi mente. Lo hacía inclusive con mi cuerpo. La gente podía verme, podían conversar conmigo, podían sentirme cerca de ellos. A pesar de que mi cuerpo permanecía en mi habitación, podía desdoblarme en dos, o en tres, o en la cantidad de entidades que yo deseara.

Uniendo este conocimiento que había adquirido a estudios realizados por sacerdotes druidas - celtas, llegué, inclusive, a lograr que mi cuerpo atravesara la materia sólida. Podía trasladarme de una habitación a otra sin necesidad de pasar por las puertas.

Mi cuerpo era capaz de fundirse con otros sólidos, combinarse con ellos y luego volver a ser yo mismo.

No negaré que en algunas ocasiones asusté a algunas personas. Pero intentar hacerles comprender, era darles la posibilidad de que me tomaran por loco, o por un fenómeno raro al que hay que estudiar.

Tuve esa mala experiencia cuando intenté demostrar lo que había logrado a un grupo de científicos a los que erróneamente había considerado más comprensibles que el común denominador.

Me hicieron encerrar y me privaron de mi libertad. Por supuesto no les sirvió de mucho.

Escapé fácilmente y desde entonces tuve que seguir con mis estudios escabulléndome de un pequeño grupo de personas que me quieren, supongo, como arma para sus enfermizas metas.

Durante los primeros tiempos tuve dificultades para evadirlos, hasta que conseguí estudios chinos los cuales me permitieron incorporar a mis conocimientos él poder cambiar delante de quien yo quisiera, mi aspecto físico.

A partir de ese momento pude retomar mis estudios con más tranquilidad y poder reducir los tiempos para cada nuevo paso.

A medida que aumentaban mis... ¿Podré llamarlos poderes? En realidad no...

No son poderes. Es ser lo que podemos ser. Lo que Dios nos ofreció al crearnos.

Paso a paso pude lograr cosas como sumergirme en el agua sin ahogarme, caminar desnudo en los hielos antárticos sin congelarme, subir al Everest o al Aconcagua sin necesidad de equipos de oxígeno y supervivencia, controlar las necesidades de mi cuerpo, como comer o dormir, manejar el fuego sin quemarme. Y hasta lanzarme desde lugares elevados controlando las fuerzas de gravedad para descender lentamente como si tuviera puesto un paracaídas.

Pero no puedo seguir contando más. Deben aprender.

Para aquel que encuentre estas notas junto con toda la información que reuní a lo largo de quince años, le digo que solo es cuestión de creer en nosotros mismos.

No puedo enseñarle el camino como yo lo seguí. Pero pueden aprender a construir su propio camino.

Somos parte de un todo pero a la vez individuales para madurar. Cada uno tiene que encontrarlo. Pero les dejo el comienzo. Solo es cuestión de verlo.

Si desean encontrarme deberán llegar al final del camino. O, mejor dicho, al principio de otro más maravilloso, ya que al terminar esta nota transformaré esta materia de la cual estoy compuesto en energía cósmica. Volveré a formar parte del Universo.

De ese maravilloso Universo al que pertenecemos.